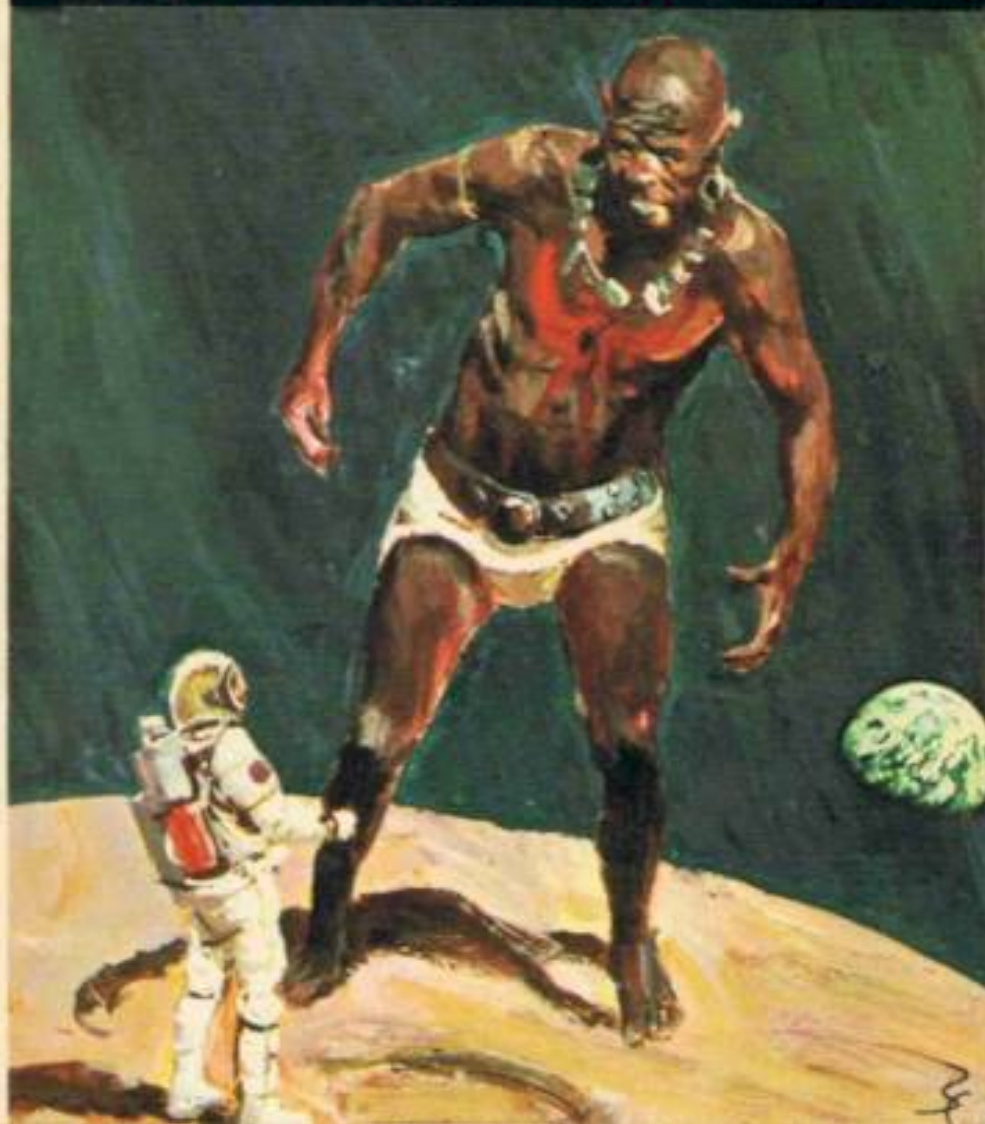


CIENCIA FICCION

SELECCION **12**



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

Contenido

Presentación: *SF y psicología*, Carlo Frabetti.

Érase una vez un gigante... (*Once There Was a Giant*), Keith Laumer, 1968.

Sacrificio humanoide (*Humanoid Sacrifice*), J. T. McIntosh, 1964.

Monedas (*Coins*), Leo P. Kelley, 1968.

Butterfly de quince años (*Butterfly Was 15*), Gilbert Thomas, 1968.

El nuevo enciclopedista (*The New Encyclopaedist*), Stephen Becker, 1964.

El libro de Elías (*The Book of Elijah*), Edward Wellen, 1963.

Sucedió en el subterráneo (*Incident in the Ind*), Harry Harrison, 1964.

Clama, esperanza; clama, furia (*Cry Hope, Cry Fury!*), J. G. Ballard, 1967.

El hombre mecánico (*Gadget Man*), Ron Goulart, 1968.

El maestro de Altamira (*The Master of Altamira*), Stephen Barr, 1964.

PRESENTACIÓN

SF y psicología

Cuando el autor británico J. G. Ballard propugnó la necesidad para que la SF^[1] se ocupara menos del espacio exterior y más del «espacio interior» del hombre, e incorporó a su singular narrativa diversos conceptos freudianos, así como la teoría del inconsciente colectivo y los arquetipos de Jung, se habló de que la SF había descubierto la psicología.

Sin embargo, aunque no de una forma tan deliberada y explícita como en el caso de Ballard, la SF casi siempre ha conllevado una importante preocupación psicológica. Y eso, a pesar de que a menudo —como gustan de repetir los detractores del género— sus personajes carecen de «auténtica dimensión humana».

La explicación de esta paradoja estriba, por una parte, en que la SF es, en gran medida, una literatura simbólica, y, por otra, en su básica preocupación por los efectos que en el hombre y la sociedad pueda causar el progreso tecnológico, preocupación que implica necesariamente consideraciones psicosociológicas generales, independientemente de que los personajes estén más o menos individualizados.

Érase una vez un gigante... constituye una clara muestra del contenido psicológico-simbólico de buena parte de la SF: el virtuoso y olímpico gigante representa sin duda al

padre arquetípico, mientras que el relato en sí mismo expresa de forma inequívoca el drama edípico.

Sacrificio humanoide —cuyo protagonista «psicoanaliza» a las computadoras más que repararlas— representa la otra vertiente psicológica de la SF, es decir, la que deriva del análisis de la relación dialéctica hombre-máquina.

Análogamente, Monedas lleva a sus últimas consecuencias el tema frommiano del «miedo a la libertad», mientras que Butterfly de quince años es una irónica disquisición sobre las consecuencias del control a distancia de la mente humana. Por no hablar del delicioso cortísimo de la serie El nuevo enciclopedista, donde asistimos a un hábil golpe de estado estrictamente basado en la psicología de masas.

Caso aparte es el de Clama, esperanza; clama, furia, del citado Ballard, cuya preocupación psicológica, totalmente deliberada, se plasma en imágenes de una belleza y una sugestión difícilmente igualables, imágenes hechas de la inestable materia de los sueños, en un mundo donde la nostalgia es un paisaje ondulado y la soledad un barco que navega por la arena.

CARLO FRABETTI

ÉRASE UNA VEZ UN GIGANTE...

Keith Laumer

Un comentarista freudiano calificaría de edípico a este relato: el abnegado y protector gigante es el padre simbólico al que el protagonista necesita destruir, para luego mitificarlo a través del arrepentimiento.

Érase una vez un gigante..., que vivía solo con sus recuerdos en un mundo lejano, abrupto y helado. Pero un día, unos enanitos codiciosos llamados hombres...

A un millón de kilómetros de distancia, Vanguard era una esfera de hierro fundido gris, con un arco de luz amarilla por el lado que miraba al sol y negro como el carbón por el otro, y una ancha franja de rojo herrumbroso en la línea divisoria. Las cordilleras parecían torcidos cabellos negros irradiando del blanco resplandor de los polos, extendiéndose, con pequeñas sierras que las cruzaban, y que formaban un enrejado a lo largo del planeta, como la palma de la mano de un viejo. Era un mundo de roca, no macizo, pero sí grande, con una superficie dos veces mayor que la de la Tierra. Vi cómo la imagen de la pantalla se agrandaba, hasta que pude superponerla a las líneas de la carta de navegación. Entonces rompí el sello de mi haz luminoso de uranio y llamé:

—¡Rey tío 629 llamando a CQ! ¡Tengo problemas! Estoy realizando un acercamiento de emergencia a R-7985-23-D, y no tiene buen aspecto. Mi ruta es 093 más 15, a las 19.08. ¡Atención! Espero instrucciones, ¡y de prisa! ¡Retransmitan todas las estaciones!

Puse en marcha la sirena para repetir la llamada mil veces en una milésima de segundo, y entonces cambié para escuchar y esperé cuarenta y cinco segundos. Esto era lo que tardaba la hiperseñal en llegar a la estación de Ring 8 y producir una respuesta automática.

La señal automática llegó tal como estaba previsto; pasó otro medio minuto y un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Entonces se oyó una voz que sonaba como si yo no hubiera debido despertarle de su siesta:

—Rey tío 629, aquí la estación de radio Z-448 en la frecuencia de tres por tres ¡No puede usted, repito, no puede usted posarse en Vanguard! Informe de todos los detalles...

—¡Olvídese de eso! —contesté con impaciencia—. Voy a chocar contra ese planeta; ¡la fuerza con que lo haga depende de ustedes! Primero hágame aterrizar, ¡y luego ya nos ocuparemos de la burocracia!

—¡Se encuentra en el radio prohibido de un mundo en cuarentena de clase cinco, 629! Las órdenes de navegación le obligan a alejarse...

—Enterado, 448 —le interrumpí—. ¡Estoy a setecientas horas de Dobie con una carga especial a bordo! ¿Cree que elegí este lugar para tener una avería? Necesito consejo técnico, ¡y lo necesito ahora!

Otra espera; después se oyó la voz, esta vez tensa:

—Rey tío, transmita un informe de la situación a bordo.

—Bueno, bueno. Pero apresúrese —contesté preocupado.

Apreté los botones que le darían por duplicado la lectura de los instrumentos, probando que mi situación era aún peor que la expuesta. No se trataba de una broma. Me había asegurado para que el viejo cacharro hubiese visto su último puerto.

—De acuerdo, rey tío; tardó demasiado en informar; ahora tendrá que lanzar la carga al mar y observar la siguiente secuencia de navegación...

—¡Le dije que era una carga especial! —aullé—. ¡De categoría diez! El servicio médico de Dobie me ha contratado para este viaje. ¡Tengo diez casos de congelación en mi frigorífico!

—De acuerdo, rey tío —replicó la estación, sonando ahora un poco desorientada—. Comprendo. Tiene usted a bordo víctimas vivas bajo criotesis Siga a la escucha. —Hubo una pausa—. Me ha puesto usted en un aprieto, 629 —añadió la voz con un tono casi humano.

—Sí —contesté—. Dese prisa. Esta roca se está acercando.

Seguí sentado, escuchando el rumor de las estrellas. A una luz y media de distancia, la computadora de la estación habría entrado en acción, asimilando los datos que yo le había proporcionado y vomitando una solución; y mientras tanto, el chico listo de guardia comprobaría mi informe. Esto me parecía muy bien; quería que lo comprobara. Era cierto hasta el último detalle. Los pasajeros, instalados en el compartimiento de carga, eran mineros gravemente quemados en un incendio ocurrido tres meses atrás en Dobie, un mundo pequeño sin facilidades para el tratamiento. Yo recibiría cuarenta mil en cuanto los hubiera entregado al centro médico del Servicio Público en buenas condiciones. Mi inspección preliminar estaba archivada, así como mi plan de vuelo, que mostraría una rectificación mínima en la trayectoria al pasar por Vanguard, tal como lo hubiera hecho un operador cualquiera. Figuraba todo en los archivos. Yo era una víctima de las circunstancias. Ahora, el asunto pasaba a sus manos. Y si no me equivocaba en mis cálculos, sólo había una solución.

—Rey tío, tiene usted un serio problema —dijo mi informador invisible—. Pero hay una posible solución. ¿Lleva una cápsula que se pueda desprender? —Hizo una pausa, como si esperara una respuesta, y continuó—: Tendrá que lanzarla a los planos de sustentación de la atmósfera. Sólo dispondrá de unos segundos para hacerlo. ¿Ha comprendido? Ahora le envió los datos necesarios.

Se oyó rechinar una hilera de números, que fueron grabados automáticamente e introducidos en el computador de control.

—Comprendido, 448 —contesté cuando la voz se detuvo—. Pero... éste es un mundo inhóspito. Suponga que el refrigerador se avería en el descenso. Sería mejor que conservara la cápsula y tratara de depositarla con suavidad.

—¡Esto es imposible, rey tío! —La voz, en su excitación, había subido de tono. Al fin y al cabo, yo era un valiente, aunque avaro capitán mercante, determinado a cumplir con mi deber, incluso con riesgo de mi propia piel—. Franca-mente, este acercamiento también es marginal. Su única probabilidad, y la de su carga, ¡es seguir mis instrucciones al pie de la letra!

No añadió que era una tremenda ofensa no obedecer una orden de navegación del monitor. No era necesario; yo lo sabía y lo había tenido en cuenta.

—Si usted lo dice... Tengo un circuito marcador en la cápsula. Pero escuche, ¿cuánto tardaría en mandarme una nave de salvamento?

—Ya está en camino. El viaje durará... unas trescientas horas.

—¡Pero son más de doce días! —Hice la pausa requerida por el lento proceso mental que un pobre pero honesto astronauta necesita para llegar a alguna sencilla conclusión, y luego proferí—: Si el equipo congelador se golpea, ¡el calorífugo no aguantará menos de cero grados tanto tiempo! Y... —Otra pausa y luego—: ¿Y qué hay de mí? ¿Cómo sobreviviré allí abajo?

—Le indicaré un lugar donde tendrá ayuda a mano. Ahora...

—¿Qué clase de ayuda? —interrumpí—. ¡Allí abajo no hay nadie, ni lo ha habido durante más de cien años!

—Limítese a seguir las instrucciones, rey tío. —Se le había escapado algo de simpatía, pero no mucha; incluso un héroe tiene derecho a pensar en conservar su vida, después de haberse preocupado de su tropa—. Hay un... hombre allí abajo.

—¡Usted está loco! —grité—. Lo he comprobado; había una especie de colonia, pero todos murieron; los mató un virus...

—Uno de ellos todavía vive. Basta de charlas, y ahora...

Continuamos hablando un rato, pero lo más importante estaba dicho. Seguí las órdenes, haciendo lo que me habían indicado; ni más ni menos. En menos de una hora, todos los espectadores del tri-D del sector sabrían que una nave hospital averiada había descendido sobre Vanguard, con las vidas de diez hombres, once contando la mía, en la balanza. Y yo estaría en las defensas del objetivo, en posición para la segunda fase.

El sonido empezó a mil millas: el perdido y solitario sollozo de moléculas del aire que son agrietadas por cinco mil toneladas de un fletador demasiado viejo y pesado, a demasiada velocidad, por el camino equivocado y sin sistema de retroceso. Trabajé con lo que quedaba de los chorros de posición, colocando la nave en posición para aterrizar de cola, reservando los restos de la masa de reacción para el lugar y el momento en que fuera más necesaria. Cuando la tuve en posición, disponía de ocho mil millas de pozo de gravedad. Jugué con el cuadro de mandos señalando el área de aterrizaje, mientras se movía y baqueteaba y los gemidos se convertían en alaridos.

A doscientas millas, los motores se conectaron y surgieron por doquier luces rojas y presiones, como las que debe sentir un sapo bajo una bota. Esto continuó el tiempo suficiente para que yo me desvaneciera y volviese en mí media docena de veces. Entonces, de improviso, se lanzó en una caída libre, ya sólo quedaban unos segundos. Presionar la válvula de la cápsula no era más difícil que llevar a cuestas un yunque por un kilómetro de escalera de cuerda; sentí una sacudida cuando la sección de la carga se desprendió. Me coloqué en posición, bajé el parachoques, llené mis pulmones del viciado aire de la nave; y golpeé el botón de expulsión; diez toneladas de plumas me dieron en la cara y me lanzaron a otro mundo.

Salí nadando del gran océano negro donde acechan las pesadillas y me asomé a la incierta luz de la semiinconsciencia, a tiempo de ver un vasto panorama de montañas como dientes de tiburón, de cumbres nevadas, que cruzaban aquel mundo hasta un horizonte quebrado a cincuenta kilómetros de distancia. Debí desmayarme de nuevo, porque, al siguiente segundo, una sola cima llenaba la pantalla del ojo de buoy, lanzándose hacia mí como una ola. La tercera vez que volví en mí, iba a aterrizar, dando tumbos hacia lo que parecía un campo de lava negra. Entonces vi que era un follaje de un verde negruzco y muy denso. Tuve el tiempo suficiente para observar que el marcador de situación de la cápsula parpadeaba con luz verde, lo cual significaba que había aterrizado y estaba intacto.

Esta vez volví en mí y sentí frío: fue lo primero que noté. Lo segundo fue que me dolía la cabeza y todo el cuerpo. Tardé lo bastante como para escribir un testamento legándolo todo a la Sociedad Eutanásica, para liberarme de mis ataduras, abrir la cápsula y arrastrarme hacia el exterior, que la gente deportista hubiese calificado de aire sano de las montañas. Me palpé donde me dolía, y encontré los huesos y las articulaciones intactos. Conecté el termostato de mi traje y empecé a sentir algo de calor.

Estaba tendido sobre un lecho de agujas de pino, en el supuesto que las agujas de pino tengan una longitud de un metro y el grosor de una caña. Formaban una mullida alfombra sobre la tierra que rodeaba los árboles, grandes como columnas jónicas, iluminados por un resplandor verde oscuro. En la lejanía, entre los troncos de los árboles, vi el destello blanco de la nieve. Reinaba el silencio y nada se movía, ni siquiera las anchas ramas que se arqueaban sobre mi cabeza. Los instrumentos de mi traje me informaron que la presión del aire era de 16 PSI, el contenido de oxígeno de un 51 por ciento, la temperatura ambiente de 10 grados

centígrados bajo cero, y la gravedad, 0,6 g, tal como suponía. Las esferas de posición indicaban que las cápsulas se encontraban a poco más de cincuenta kilómetros al noreste de donde yo estaba. Según todos los instrumentos de mi complicado cinturón, todo funcionaba normalmente. Y si la información que yo había recogido era tan correcta como garantizaba el precio, me encontraba a unos seis kilómetros de donde había planeado encontrarme, a un paseo de medio día del picadero de Johnny Trueno. Conecté los controles de energía de mi traje y me puse en pie, miré la brújula y empecé a caminar.

La escasa gravedad facilitaba la marcha, incluso para un hombre agotado por miles de millas de atmósfera; y el traje también me ayudaba. No se adivinaba al verlo, pero me había costado el mismo precio que unas lujosas vacaciones en uno de esos mundos de cristal y rodio, con climatización y agua corriente a todas las temperaturas. Además de los controles estándares de aire y temperatura y la servodirección que ahorra el cansancio de caminar, estaba equipado con todos los circuitos de reflejos y amplificadores de sentidos que conocía la ciencia del mercado negro, incluyendo unos pocos que a la gente de la Liga de Seguridad les hubiera gustado poseer. Solamente el monitor metabólico valía una fortuna.

Me tomé un descanso después de la primera hora, bebí un sorbo de jarabe nutritivo, tragué un poco de agua, y durante unos segundos escuché el paso de la eternidad. Pensé en una nave llena de colonizadores, en el primitivo amanecer de los viajes espaciales, volando hacia un universo del cual sabían menos que Colón de América, y que vagaron sin rumbo durante nueve años antes de hacer aquí un aterrizaje forzoso. Pensé en ellos saliendo al gran silencio de este mundo glacial (hombres, mujeres y probablemente niños), sabiendo que nunca, nunca podrían volver. Pensé en ellos enfrentándose a este hecho..., y decidiéndose a vivir. Eran gente audaz, pero su audacia ya no existía en el mun-

do. Ahora sólo había otra clase de audacia: la mía. Había pioneros audaces, llenos de infundadas esperanzas, decisiones y grandes ideas sobre el futuro. Yo era un audaz de la gran ciudad; y el presente era suficiente para mí.

—Es este silencio —dije en voz alta—. Acaba haciéndote efecto.

Pero el sonido de mi voz era demasiado leve para aquel gran vacío. Me puse en pie y emprendí la marcha hacia la siguiente montaña.

Es curioso que, después de toda una vida en medio de ruidos, unas pocas horas sin ellos puedan cambiar toda tu actitud hacia las vibraciones de aire de tu radio auditivo. No oí más que un leve grito, como el de un solitario pájaro marino que llama a su pareja; pero me separé del árbol bajo el que había estado descansando como si me hubiera quemado, y me quedé inmóvil, con la cabeza inclinada, intentando clasificar aquel sonido que aumentaba en intensidad, lo cual significaba que estaba más cerca, con una rapidez que me sugirió la futilidad de la huida. Miré en torno mío buscando un árbol joven al que trepar, pero aquellos pinos habían nacido viejos; la rama más baja estaba a quince metros. El único escondite que me quedaba eran unos miles de troncos de árbol. Ignoro por qué tuve la sensación de que era mejor esperar cara a cara lo que fuese. Por lo menos, así le vería al mismo tiempo que él a mí. Yo sabía que era algo vivo y que comía carne; la voz leve y dogmática de mi primer antepasado me lo indicaba. Hice un gesto con la muñeca que puso la diminuta metrallera en mi palma, y esperé, mientras la llamada se hacía más fuerte y más angustiada, como la de una oveja abandonada, un toro desesperado o un ciervo moribundo. Ahora oía el paso de unos pies muy grandes, galopando a una cadencia que, incluso bajo tan escasa gravedad, sugería un tamaño voluminoso.

Entonces apareció ante mi vista, y confirmó la intuición de mi tatarabuelo. No era un lebrel, ni siquiera una hiena, pero era como una hiena de torso de dos metros de anchura, tobillos anchos como mis muslos, la cabeza del tamaño de un helitaxi y mandíbulas que podían sostener a un hombre como un perro llevando a casa el diario vespertino. Tal vez fue este último pensamiento lo que impidió que mi dedo apretara el gatillo. El perro monstruoso se paró en seco haciendo crujir las agujas de pino, emitió un alarido final, y me enseñó un metro de lengua roja. El resto de su cuerpo era marrón y negro, cubierto de piel fina. Sus dientes eran grandes, pero no pasaban de quince centímetros desde las encías hasta sus extremos. Sus ojos eran brillantes, negros y pequeños como los de un elefante, rodeados por un círculo rojo. Se acercó lentamente, como si quisiera ver bien lo que iba a comer. Yo oía crujir sus articulaciones mientras se movía. Sus hombros eran altos, moldeados por fuertes músculos. A cada paso, sus enormes plantas se hundían en el follaje del suelo. Había leído libros sobre los animales que crecen anormalmente en condiciones de escasa gravedad, pero ver uno de carne y hueso era diferente. Sentí que mis rodillas flaqueaban e hice acopio de valor. El perro estaba ahora a tres metros, y de las ventanas de su nariz, en las que hubiera entrado mi puño, salía el humo de su aliento. Yo sabía que si se acercaba más, apretaría el gatillo.

—¡Quieto, chico! —exclamé, intentando dar a mi voz un tono de mando. Él se detuvo, ocultó la lengua, la sacó de nuevo, y entonces se sentó sobre las patas traseras, como una vieja acomodándose en su mecedora favorita. Se quedó allí mirándome, y yo le devolví la mirada. Y mientras estábamos así, llegó el gigante.

Se acercó silenciosamente, por un pasillo entre grandes árboles, y a pesar de ser tan grande, no le vi hasta que estuvo a unos quince metros de mí.